

Esperanza de la política, política de la esperanza

Hope in Politics, Politics of Hope

Fernando Ponce León
Pontificia Universidad Católica del Ecuador - Ecuador

Resumen

Este artículo busca relacionar la esperanza y la política en un contexto en que ambos términos no parecen ser muy populares. En la primera parte, que se llama la esperanza de la política, se muestra cómo la actual recesión democrática en el mundo y en América Latina vacía de esperanza a la política, al punto que el ejercicio de la política está desprestigiado, a pesar de ser indispensable. En la segunda parte, que se llama política de la esperanza, se ahonda en qué podría significar que la virtud cristiana de la esperanza necesita de acción política para concretizarse. Concluyo con cuatro afirmaciones que se ofrecen como vías para posteriores reflexiones en torno al rol político de la esperanza, o esperanza política, dicho brevemente.

Palabras-clave

Crisis
democrática.
Esperanza.
Política.

Abstract

This article seeks to relate hope and politics in a context in which neither term seems to be very popular. The first part, entitled “The Hope of Politics,” shows how the current democratic recession in the world and in Latin America is draining politics of hope, to the point that the exercise of politics has been discredited, despite being indispensable. The second part, entitled “The Politics of Hope,” explores what it might mean that the Christian virtue of hope requires political action to be realized. I conclude with four statements that are offered as avenues for further reflection on the political role of hope, or political hope, in short.

Keywords

Democratic
crisis.
Hope.
Politics.

Introducción

En este artículo buscaré relacionar dos realidades muy importantes para la vivencia pública de la fe cristiana: la política y la esperanza¹.

¹ Se podría objetar que no es necesaria esta reflexión, pues la teología cristiana ha avanzado mucho alrededor de la relación entre la política y el amor o caridad. Parecería que poner “esperanza” al lado de “política” poco añade al binomio amor-política, sobre el cual se ha reflexionado mucho desde los años 60, al menos. En las conclusiones voy a decir qué expresan de específico sobre el mandamiento del amor, tanto el concepto de amor político, como el de esperanza política.

Parto de la intuición de que la política puede ayudarnos a sostener la esperanza, y la esperanza puede motivar o revitalizar el ejercicio de la política. Sin embargo, estoy consciente de que los dos términos no pasan por su mejor momento, como se constata cuando escuchamos o leemos las noticias diarias sobre prácticamente cualquier país del mundo. No son dos términos de moda, pero, como dice Adela Cortina a propósito de los valores, siguen manteniendo su actualidad.

Utilizo un juego de palabras que puede resultar fructífero porque sugiere una recíproca interpelación entre la política y la esperanza. Sin embargo, las reflexiones de este artículo tienen carácter exploratorio y son algo fragmentarias; si logran despertar interés en investigar con más profundidad estas relaciones fecundas, el artículo habrá cumplido su propósito.

La esperanza de la política

La frase “esperanza de la política” puede entenderse de dos maneras. Como la esperanza que las personas depositan en la política en cuanto medio para lograr cambios positivos y resolver problemas sociales. O puede también significar que la esperanza es inherente a la actividad política, y por esto la política tiene, o tendría, en sí misma un gran potencial transformador y humanizador.

Ya se entienda más desde una óptica subjetiva - “creo que la política nos puede conducir a una mejor sociedad” - como desde una más objetiva - “la política en sí es la búsqueda de una mejor sociedad”. Esta expresión sugiere que la política tiene algo bueno que ofrecernos para el futuro, algo alcanzable y no una ilusión. En pocas palabras, la política es, o podría ser, una buena noticia, una noticia esperanzadora.

Sin embargo, hoy resulta muy difícil sostener que la política sea percibida como una herramienta para un futuro mejor; pocas personas creen que la política sea una buena noticia, por muchas razones. El panorama de la política y el de los políticos es más bien sombrío en los actuales momentos, y no solo en América Latina, sino en todo el mundo.

Un reciente informe de la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist* confirma que vivimos mundialmente una prolongada recesión democrática, expresión que acuñó el politólogo Larry Diamond. De los 167 países estudiados para el informe del año 2024, 130 (78%) no mejoraron o incluso disminuyeron el valor del índice de democracia que se utiliza en el estudio. En el caso de América Latina y el Caribe, el deterioro democrático ya lleva 9 años, especialmente en Haití, Cuba, Nicaragua y Venezuela, que son considerados “regímenes autoritarios” por el informe.

Dice un comentarista del informe que los factores de deterioro son “la erosión de las libertades civiles, desconfianza en las instituciones políticas, creciente polarización política y el ascenso de líderes autoritarios que erosionan los controles institucionales. Recibe especial atención un factor de erosión como el impacto de la tecnología y las redes sociales en cuanto a su contribución a la desinformación y los riesgos de manipulación política” (Guedes, 2025).

Este deterioro de la democracia ocurre en medio del aumento de la desigualdad social y de ingresos documentado por autores como Milanovic, Acemoglu y Picketty, autores que advierten sobre la acentuación de las divisiones entre una élite gobernante y profesional, que contrasta con el resto de la ciudadanía, desdibujando incluso el propio concepto de líderes democráticos.

Desafortunadamente, continúa este comentarista, los expertos e intelectuales de los países democráticos “en lugar de advertir las propias deficiencias de los sistemas representativos” se limitan a decir que el principal problema de las democracias es el populismo. “En otras palabras, se problematiza el populismo en lugar de abordar los problemas subyacentes cuyo corolario genera el auge de los movimientos populistas” (Guedes, 2025). Es decir, la reflexión de las ciencias políticas y de los intelectuales, en su mayoría, toma el camino fácil de analizar el síntoma, no sus causas profundas.

En cuanto a América Latina, la opinión pública en esta región es especialmente escéptica, cuando no pesimista, sobre la política en el marco de la democracia.

Según el último informe del Latinbarómetro, del 2023, solo el 48% de los encuestados prefiere la democracia a cualquier otra forma de gobierno, lo cual es una disminución de 15 puntos respecto al 2010. Un 17% prefiere el autoritarismo en ciertas circunstancias, y a un 28% le da lo mismo un régimen que otro.

Este es el llamado apoyo práctico a la democracia. El apoyo teórico a ese régimen va algo mejor. Los que están de acuerdo o muy de acuerdo con que “La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno” son un 66%, lo cual es de todas formas un descenso de 13 puntos respecto al 79% alcanzado en el 2013.

Cuando se trata del desempeño de los regímenes democráticos, la opinión es relativamente negativa. El 69% de los consultados está insatisfecho con los resultados de la democracia, lo cual no es mucha mejora respecto al 72% del 2018.

Todo esto lleva al Informe a concluir de esta manera: “Si el apoyo a la democracia es del 48% y la insatisfacción del 69%, hay más insatisfechos que demócratas. Además, casi no existen los demócratas insatisfechos: sí existen insatisfechos indiferentes al tipo de régimen político y aquellos que aceptarían el autoritarismo. Estos insatisfechos son el contingente más abierto al populismo y al autoritarismo, un 21% de los latinoamericanos, uno de cada cinco” (Corporación Latinbarómetro, 2023, p. 36).

Por esto dice el informe que “la recesión se expresa en el bajo apoyo que tiene la democracia, el aumento de la indiferencia al tipo de régimen, la preferencia y actitudes a favor del autoritarismo, el desplome del desempeño de los gobiernos y de la imagen de los partidos políticos. La democracia en varios países se encuentra en estado crítico, mientras otros ya no tienen democracia” (Corporación Latinbarómetro, 2023, p. 1).

Un comentario resume el informe con las siguientes palabras: “Política e indiferencia están caminando de la mano. Nunca fue tan alto el porcentaje de ciudadanos latinoamericanos a los que «no les importaría» si un gobierno no democrático llegara al poder con tal de que resuelva los problemas. El último informe de Latinbarómetro demuestra que más de la mitad de los

consultados (54%) tuvieron esa respuesta, el valor más alto desde 2002” (Arellano; Guedes, 2023).

Para ilustrar lo que los datos nos dicen, quisiera presentar dos modelos, esquemáticos y, por tanto, parciales, de lo que me parece ser la evolución de las actitudes hacia la política de orientación democrática en América Latina.

Preguntémonos cuál es la mejor forma de conseguir el bienestar propio y de la familia en una sociedad latinoamericana. En algún momento -bien podría ser entre 1978 y 2008, que corresponde a la tercera ola de democratización en América Latina según Samuel P. Huntington- se pensaba que la política ejercida de forma democrática era un medio valioso para satisfacer las necesidades personales, familiares y sociales. Esta forma de gobierno, más una adecuada combinación de acción estatal y agencia privada, podría conducirnos al bienestar, en grado aceptable. El Estado, a cuyo control se accede por la política, se encarga de garantizar las condiciones generales para el bienestar colectivo, dejando margen para la agencia de los individuos, empresas y otros colectivos. Para algunos, el rol del Estado debía ser central; para otros, secundario y complementario, pero en el fondo todos reconocían una cierta responsabilidad estatal de garantizar condiciones para el bien común, y por esto se valoraba el rol de la política en el bienestar colectivo.

Más recientemente, sin embargo, las percepciones han cambiado. En este segundo momento -que es el de la recesión democrática luego del 2008- se percibe un cambio de paradigma sobre el modo de conseguir el bienestar personal y familiar. De todos los motivos posibles, el más importante parece ser la mercantilización de casi todos los aspectos del bienestar, la cual se explica a su vez por la globalización económica y cultural, por el auge del capitalismo neoliberal y otros factores similares.

Hoy se piensa que cada uno puede y debe procurarse su bienestar personal y familiar directamente, sin que sea necesario pasar por el Estado, o recurriendo a él lo menos posible. ¿Cómo? Mediante el trabajo y el consumo. El trabajo permite obtener los recursos necesarios, para lo cual hay que ser emprendedor y creativo, y el consumo posibilita adquirir prácticamente todo lo que necesito: salud, educación, recreación, relaciones, hasta la bendición

de Dios, que ama a quien prospera. “El pobre es pobre porque quiere”, se nos dice para hacernos creer que es la sola voluntad y no la solidaridad ni el Estado la clave para la satisfacción de las necesidades materiales. El “sueño americano” refuerza esta percepción de autosuficiencia a-política, que deviene en ética anti-política.

Por supuesto que esto no es así en realidad, como lo demuestran muchos estudios. Pero este es, más o menos, el discurso actual que corroe subrepticamente lo político y, por consecuencia, el ejercicio de la política.

Con esta caricatura quiero decir, en resumen, que hoy la gente espera poco o nada de la política. Además, en ese primer momento se podía creer que había una “política buena”, que era la ejercida por el movimiento o la ideología preferida; si alguien era de izquierda, sus ideas y jugadas políticas eran las correctas, no así las de la derecha; y lo mismo se decía desde la derecha.

Sin embargo, en el segundo momento, que es el actual, toda idea o acción política es considerada negativamente. Esto se ve en expresiones como “todos los políticos son corruptos”, “la democracia no sirve para nada”, “el Estado es ineficiente y está lleno de burócratas que no trabajan”, y muchas otras expresiones por el estilo. El descrédito de la política es tal, la desesperanza que genera es tal, que el político que quiera ganar elecciones tiene que presentarse cínicamente como un no político, un *outsider* del sistema, un técnico sin ideología, un líder emprendedor que no se ha contaminado de política, más propenso a tener “followers” que coidearios. Todo pretendiente a ser autoridad pública quiere hacer política sin llamarse o ser político. Esta es la paradoja².

² A este panorama se añade la emergencia de las nuevas tecnologías, que se aplican en prácticamente todos los ámbitos de la vida. En el Estado, los mejores usos me parece que ocurren -habría que corroborarlo- en el control y la vigilancia política, y además en la guerra, tratándose de los países del norte. Pero en muchos casos, los usos estatales de las tecnologías no responden a lo que se podría hacer y lo que la ciudadanía espera, al menos en América Latina: salud, educación, transporte público, eficiencia en servicios públicos, seguridad ciudadana, etc. Esto contribuye al desprestigio del Estado y de la política.

Sin embargo, las tecnologías se aplican magníficamente en la esfera del mercado y en la esfera social. Ejemplos sobran. Es una excelente herramienta para comerciar y para fomentar los vínculos sociales (las redes que primero nos vienen a la cabeza son las redes sociales), pero es poco aprovechada por el Estado en su rol de garante de derechos civiles, políticos y

Pareciera entonces que la política y los que se dedican a ella no tienen futuro ni ofrecen ningún tipo de esperanza en la sociedad. No son buena noticia para nadie.

Sin embargo, quisiera creer que la política tiene futuro. La esperanza de la política es que se convierta en política de la esperanza. Esto es lo que quisiera mostrar en la siguiente parte del artículo.

La política de la esperanza

La frase “política de la esperanza” puede entenderse de varias maneras. En primer lugar, como una estrategia o ideario político que entusiasma a la sociedad y es capaz de movilizarla para construir un mejor futuro, a pesar de los obstáculos o condiciones desfavorables. Es como la expresión “la política del cambio”: es aquella política o programa político que cambiará las cosas que no van bien en una determinada sociedad. De la misma manera, la “política de la esperanza” sería un programa político que genera esperanza [...] ¡y que gana elecciones!

En segundo lugar, y de manera más profunda, la frase significa también que la esperanza necesita la política para materializarse. Aquí no se trata tanto de la política que despierta esperanza -algo que ciertamente necesitamos-, sino de lo inverso: de la esperanza que suscita una cierta política, de la esperanza que se hace política³.

Ahondaremos ahora este segundo significado de la expresión, refiriéndonos específicamente a la virtud teologal de la esperanza y a sus implicaciones en el contexto de la desesperanza que actualmente rodea a la política, como lo vimos en la primera parte.

La esperanza es parte de la pregunta más amplia que nos hacemos

sociales. La combinación mercado y tecnologías se está imponiendo sobre la combinación Estado y tecnologías.

³ El decir que la esperanza se hace política nos remite a dos expresiones cercanas. Primero, a la fe que se hace justicia, es decir, fe y justicia como definitorias de la misión de la Compañía de Jesús, según las Congregaciones Generales de dicha orden. Segundo, también nos recuerda al amor político, o caridad política, o amor social, expresiones todas del pensamiento pontificio desde León XIII, con su encíclica *Rerum novarum* de 1891 (amor social), hasta Juan Pablo II y Francisco (amor político). En este segundo caso, se entiende que el amor o caridad genera el amor político, que sería una forma de vivir la política.

todos los cristianos: ¿cómo vivir cristianamente? Los cristianos necesitamos saber qué podemos conocer y qué debemos creer, pero también qué debemos hacer para vivir como seguidores de Jesús.

El filósofo Immanuel Kant dice que existe una tercera pregunta fundamental, además de aquellas sobre el conocer y el hacer: ¿qué me es lícito esperar? En mi opinión, esta pregunta hace parte de la cuestión más amplia sobre el modo de comportarnos como seguidores de Jesús. Es decir, si hago lo que debo como cristiano, ¿qué me es entonces lícito esperar? Pero incluso si se la considera como una pregunta distinta, es innegable su íntima conexión con la cuestión sobre lo que debemos hacer, porque se intuye que la espera de la cual se trata es activa, no pasiva.

Según la teología tomista, de gran influencia en la teología católica⁴, la esperanza, la fe y el amor son tres virtudes teologales. Es decir, son tres virtudes infundidas por Dios y no adquiridas por el creyente.

Aceptemos que la virtud puede definirse como “una disposición habitual y firme para hacer el bien” (CIC, 1993, n. 1803). De acuerdo con esto, la esperanza es la disposición que Dios pone en los creyentes, gracias a la cual “aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (CIC, 1993, n. 1817). Sobre esta definición caben tres puntualizaciones al menos.

Primero, el objeto de la aspiración que Dios pone en nosotros es la felicidad en cuanto Reino de los cielos y vida eterna. Ambos conceptos son centrales en el evangelio, y los teólogos procuran darles sentido mediante argumentos filosóficos, sociológicos o psicológicos. Digamos de manera resumida que el Reino de los Cielos es la sociedad donde Dios quisiera vivir, una expresión que la tomo libremente del escritor francés Emmanuel Carrère.

⁴ Esto no excluye considerar otras reflexiones sobre la praxis cristiana que pueden resultar más contemporáneas e inspiradoras que la tradición aristotélico-tomista. Así, por ejemplo, Gaspar Mora desarrolla una teología moral a partir del llamado de los Evangelios a la conversión del corazón, como tantos autores que refieren la moral cristiana al Nuevo Testamento, y menos a la filosofía aristotélico-tomista u otras tradiciones filosóficas. Son autores dignos de considerar con algo más de tiempo (Mora, 2007).

Segundo, en la definición se establece una clara distinción entre nuestras fuerzas, en las que no debemos apoyarnos, y la gracia del Espíritu Santo, en la que sí debemos apoyarnos. Con esto se alude al polémico tema de la relación entre la naturaleza y la gracia, entre el trabajo de Dios y el esfuerzo de todo ser humano en el camino de seguimiento a Jesús y de plenitud humana. “Estas contraposiciones ignoran la realidad y no expresan bien el mensaje del Nuevo Testamento, cosa que ha llevado a la teología a elaborar una comprensión mejor”, nos dice el teólogo Gaspar Mora (Mora, 2007, p. 190). La comprensión mejor, identificada con Karl Rahner, sostiene que las virtudes sobrenaturales no están al lado de las naturales, sino que constituyen su finalización en la vida de Dios. En otras palabras, virtudes naturales y virtudes sobrenaturales son coextensivas, porque Dios salva a toda la persona humana, tal como naturalmente es. “Una ética cristiana concreta no necesita preocuparse demasiado de la distinción entre virtudes naturales y sobrenaturales”, dice K. Rhaner (Mora, 2007, p. 191).

El tercer comentario resulta más apropiado para nuestro tema. De acuerdo con el teólogo protestante Jürgen Moltmann, la confianza en las promesas de Dios es el núcleo de la virtud de la esperanza. “Una teología, cuyo motor intrínseco es la esperanza es, por consiguiente, una interpretación de la historia de las promesas bíblicas, con el propósito de comprender la misión actual del cristianismo en el mundo” (Moltmann, 1977, p. 44), nos dice.

Ahora bien, ¿cuál es el significado político, o teo político, de anclarse en las promesas de Dios?

La promesa, dice Moltmann, es “una afirmación que anuncia una realidad aún no presente” (Moltmann, 1977, p. 47). En este sentido, el nuevo orden social, político y religioso, que concretiza el Reino de Dios anticipado por Jesucristo, y traído desde el futuro por él, ya existe en medio de nosotros, y la política de la esperanza tiene por misión descubrirlo con palabras y sobre todo acciones. No es una utopía en el sentido de no-lugar, sino una realidad que irrumpe en el presente proveniente del futuro.

Según el pensamiento bíblico, cuando Dios promete, su palabra crea lo

que promete, no solo dice que algo nuevo existirá en el futuro. Cuando Jesús predica, no solo enseña, sino que ya realiza con gestos y palabras el Reino que anticipa.

La promesa de Dios, creadora y no solo anunciadora, es también aplicable al hecho de la convivencia humana en sociedad. De esta manera, la política de la esperanza sería algo así como el conjunto de prácticas comunitarias orientadas a humanizar la convivencia social, y por tanto de carácter público, que perturban, cuestionan y rompen el actual orden de las cosas, no para crear un vacío de poder, sino para crear condiciones para un nuevo poder y un nuevo orden.

La motivación última de la política de la esperanza no es el cuestionamiento per se del poder político o religioso, ni tampoco su manipulación, sino la confianza en que Dios quiere que exista otro orden político y religioso -y económico, ecológico, etc. Por esto, el rasgo distintivo de la política de la esperanza es la disrupción. Podríamos decir, parafraseando a San Ignacio, que el bien, mientras más disruptivo, más divino.

Esta es la razón por la cual la política de la esperanza resignifica la praxis política, en el sentido de que toda derrota es pasajera, pero todo triunfo es decisivo. Todos los triunfos nos acercan al orden del Reino de Dios, y por eso son decisivos, porque contribuyen a decidir el porvenir del nuevo orden, pero no son definitivos, porque no cierran la historia. “No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que anhelamos la ciudad futura”, dice la carta a los Hebreos, 13,14, a condición de entender este anhelo no como mero deseo o sueño, sino como expectativa de algo que ya existe.

Al buscar concreciones de lo que podría ser una política de la esperanza, necesariamente debemos referirnos a los contextos particulares. Veamos, por ejemplo, a Moltmann, quien, en los años 70, y desde una perspectiva europea, se pregunta por la “tierra prometida” por Dios a su pueblo hoy.

No es un territorio, como lo pensaron los peregrinos del Mayflower en 1620 y los siguientes. “En ninguna parte de este mundo se encuentra el nuevo

mundo [...]. Para los cristianos jamás existió una tierra semejante [a la que soñaron los judíos del Antiguo Testamento] [...]. Su esperanza estaba puesta en un futuro nuevo para todas las naciones... No se marchan a otro lugar [...] sino que permanecen donde están, a fin de configurar, mediante la renovación de los corazones y la práctica transformación de las circunstancias, el reino de Dios venidero [...] En nuestro presente, estemos donde estemos, los poderes del pasado se hallan en pugna con los poderes del futuro [...]” (Moltmann, 1977, p. 57).

En otro texto, Moltmann señala tres propósitos que hoy podríamos asociar a la política de la esperanza. En primer lugar, el fin de “las opresiones y las cargas y [que] todos los hombres puedan vivir libres del hambre y de la ansiedad”. En segundo lugar, “la transformación de la extranjera política nacionalista en el principio de una política doméstica mundial”. Por último, “una nueva identidad del hombre a través de ojos que superen, relativicen y destruyan todas las identificaciones raciales” (Capps et al., 1973, p. 123-125).

Un politólogo contemporáneo, rector de la Universidad Iberoamericana de Torreón, México, explora más específicamente los contornos de la política de la esperanza, que él llama geopolítica de la esperanza. Describe cinco ámbitos para su realización: epistemología, praxis, espiritualidad, ética y geopolítica (Hernández Avendaño, 2024).

El primero se refiere a un método para el conocimiento de la realidad que parte de reconocer que toda realidad es una construcción social, y que por tanto admite cambios e interpretaciones. Seguidamente, pasa a identificar injusticias globales para observarlas en los contextos propios del país de interés, y luego pasa al análisis y sistematización de prácticas transformadoras de esas injusticias. Es decir, este método busca descubrir sentidos alternativos a los dominantes.

La praxis asociada a la política de la esperanza es, como se puede adivinar, una praxis de resistencia y contrapeso a las hegemonías que considera cuatro actores: los gobernantes, la masa de apáticos e indiferentes (“ideotas”), la sociedad civil o pueblo organizado y el mercado legal o ilegal.

El ámbito de la espiritualidad se refiere a la idea de Dios y de la

vivencia religiosa que subyace en el continente latinoamericano, el más católico, pero a la vez el más desigual y violento del planeta. De aquí la necesidad del discernimiento para pasar de la vivencia religiosa centrada en los dogmas y devociones a otra más cristológica, centrada en la liberación y concientización.

El ámbito de la ética consiste en poner el énfasis en el paradigma del cuidado en tres sentidos: economía del cuidado, recuperación de la ciudadanía como cuidado de la casa común y cuidado del tejido social.

Por geopolítica el autor entiende el enfoque territorial en todos los procesos y ámbitos anteriormente descritos. Destaca tres estrategias de este enfoque, que se describe mejor como enfoque comunitario en la medida en que se traduzca “polis” como comunidad: el aprendizaje situado, el tejido de relaciones a través de dos instituciones creíbles, que son la escuela/universidad y la parroquia/iglesia local, y la recuperación de pequeñas historias de resistencia.

Finalmente, en estas exploraciones hay que mencionar a la teóloga Emilce Cuda, que es la secretaria de la Pontificia Conferencia para América Latina. Siguiendo al papa Francisco, habla de organizar la esperanza -lo que aquí llamamos la política de la esperanza- como una disposición o virtud diferente de otras dos muy comunes en el mundo católico: la primera es esperar, es decir, vivir la esperanza de modo pasivo, lo cual es no haber entendido su sentido verdadero. Por esto cita varias veces una cita del obispo Tonino Bello, muy querida por el papa Francisco: “no hay que limitarse a esperar. Hay que organizar la esperanza”. La segunda actitud que se contrapone a organizar la esperanza es asistir a la necesidad, hacer caridad. Organizar la esperanza no es dar una moneda, ha dicho el papa Francisco en varias ocasiones; es traducir la esperanza a opciones y gestos concretos de atención, justicia, solidaridad, cuidado de la casa común, compromiso sociopolítico, etc (Cuda, 2023).

En el contexto actual, dado que la política y los políticos no generan esperanza, o la generan muy poco, los principales actores para organizar la esperanza, que también se expresa como construcción de puentes de

inclusión, reconciliación y fraternidad, son los movimientos populares, los sindicatos, las redes eclesiales, las asociaciones de empresarios y las redes educativas o redes de universidades (Cuda, 2025).

Consideraciones finales

Como había dicho al inicio, la intención de esta presentación es suscitar inquietudes y preguntas para reflexiones posteriores, porque creo que la política de la esperanza es un tema muy sugestivo en este jubileo de la esperanza, pero que no ha recibido suficiente atención. Por tanto, concluyo señalando algunas puertas abiertas para salir a explorar nuevos terrenos para la virtud de la esperanza y su conexión con la política.

La esperanza de la política es convertirse en política de la esperanza. Para que la política vuelva a ser una noble tarea -o sea al fin una tarea noble-, debe ocuparse del bienestar de todos, especialmente de los pobres y excluidos. Debe entenderse como cuidadora del tejido social y de los valores comunitarios, así como promotora de la producción eficiente de riqueza, de su justa distribución y de su consumo sostenible. El papa Francisco dice con toda razón que lo esencial de una comunidad organizada es el trabajo, una idea que necesita más atención de la parte de pensadores católicos.

La esperanza no está de moda, pero sí de actualidad. Vivimos en tiempos sombríos de mucha incertidumbre, tiempos aptos para el pesimismo. Por esto, resulta contracultural hoy hablar de la esperanza cristiana en el sentido bíblico. La esperanza solo aparece bastante diluida en los discursos de coaching espiritual y en el positivismo tóxico, como sinónimo de optimismo o de pensamiento positivo, pero eso no es la esperanza en sentido cristiano. Pero, aunque no esté de moda, la esperanza es actual porque Dios promete y cumple. Nos corresponde solamente discernir de qué manera Dios está cumpliendo hoy sus promesas.

En la política al servicio del bien común, las derrotas son pasajeras, pero los triunfos son decisivos. Así quisiera resumir cómo entiendo la política de la esperanza: como una hermenéutica de la acción política, donde los contenidos son los principios democráticos que todos apreciamos, o

deberíamos - libertades, igualdad, derechos, justicia social, etc - pero re-vistos o re-considerados desde la confianza en las promesas de Dios.

La esperanza política ofrece sostenibilidad al mandamiento del amor. Recordemos qué hace el amor político respecto del mandamiento del amor, según la encíclica *Fratelli Tutti*. El amor político, en una de sus acepciones, concretiza el mandato del amor para toda la humanidad, lo hace universal; es decir, dota de extensión a la virtud del amor. De manera análoga, la esperanza política introduce en el mandamiento del amor la variable de la promesa y del tiempo; es decir, le dota de durabilidad o sostenibilidad.

“Ama y busca un mundo mejor”, nos dice la esperanza. “Que si no es hoy, será mañana”.

Referências

ARELLANO, Ángel; GUEDES, Alejandro. *¿La política funciona bien? Así va la democracia en Latinoamérica*. In: Diálogo Político, 5 de septiembre de 2023. Disponible en: <https://dialogopolitico.org/agenda/recesion-democratica>. Acceso en: 10 de septiembre de 2025.

CAPPS, Walter. Religión, revolución y futuro. In: CAPPS, Walter; BLOCH, Ernst; MOLTSMANN, Jürgen; FACKENHEIM, Emil. *El futuro de la esperanza*. Salamanca: Sígueme, 1973, p. 101-126.

CATECISMO de la Iglesia Católica (2 ed). Vatican: Librería Editrice Vaticana, 1993.

INFORME 2023. La recesión democrática en América Latina. *Corporación Latinobarómetro*. (2023). Disponible en: <https://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>. Acceso en: 2 de septiembre de 2025.

CUDA, Emilce. Organizar la Esperanza. *Catholic Theological Ethics in the World Church*. (2023, julio 1). Disponible en: <https://catholicethics.com/forum/organizar-la-esperanza/>. Acceso en: 10 de septiembre de 2025.

CUDA, Emilce. Building Bridges by Organizing Hope. (2025, enero 26). *United States Conference of Catholic Bishops*. Disponible en: <https://www.usccb.org/es/resources/dra-emilce-cuda-construyendo-puentes-para-organizar-la-esperanza-video-y-texto>. Acceso en: 15 de septiembre de 2025.

GUEDES, Alejandro. ¿Por qué el mundo vive una recesión democrática? (2025, marzo 21). *Diálogo Político*. Disponible en: <https://dialogopolitico.org/agenda/analisis/mundo-recesion-democracia>. Acceso en 4 de septiembre de 2025.

HERNÁNDEZ AVENDAÑO, Juan Luis. *Geopolítica de la esperanza. El territorio como lugar de la dignidad y la justicia*. Formación Universitaria y Humanista de la Laguna, 2024.

MOLTMANN, Jürgen. *El experimento esperanza: Introducciones*. Salamanca: Sígueme, 1977.

MORA, Gaspar. *La vida cristiana*. Teología moral fundamental. Santander: Sal Terrae, 2007.

Trabalho submetido em 29/09/2025.
Aceito em 14/11/2025.

Fernando Ponce León

Obtuvo el PhD en Filosofía Política (2003) en la Universidad de Paris 10 (Nanterre, Francia). Master of Divinity (1995) en Weston Jesuit School of Theology (Cambridge, Massachusetts), institución hoy afiliada a Boston College. Licenciatura en Filosofía (1991) en la Universidad del Salvador (San Miguel, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Posteriormente, continuó sus estudios teológicos en el Centre Sèvres (París, Francia). En el ámbito profesional, se desempeñó como Subdirector y luego Director Nacional del Servicio Jesuita a Refugiados (SJR Ecuador) entre 2009 y 2013, fue Director de la Corporación social Soljusticia de 2013 a 2015, y ejerció como Delegado Social de la Provincia Ecuatoriana de la Compañía de Jesús de 1996 a 2013. E-mail: fcponce@puce.edu.ec